

Hablemos de gitanos

Una crónica por Óscar Hernando Ocampo

En Itagüí se instalaron los primeros gitanos que llegaron a Medellín. Historia y leyenda de unos seres de colores que guardamos en la memoria

Teníamos cinco años cuando vi la primera carpa de gitanos. Vivíamos en el barrio Los Naranjos en Itagüí, cerca al parque principal. Detrás de mi casa, en un solar, la habían instalado como si fuera un pequeño circo en gira. Corría el año de 1971. Recuerdo que en mi casa nos habían prohibido acercarnos a los gitanos por temor a que nos raptaran o hicieran el mal de ojo.

Esta injustificada prohibición causó exactamente el efecto contrario: al primer descuido de los padres, estábamos todos metidos en el solar, al asedio, buscando escuchar, fascinados, a los gitanos hablar en su lenguaje de viajeros: el romaní, enraizado con el sánscrito, con voces derivadas del armenio, iraní, árabe, yiddish, griego, ruman checo, flamenco, francés, y dialectos ibéricos, reflejando en sus sonoras palabras la ruta de los gitanos, desde el Norte de la India, hasta España, el Norte de África, pasando por Ucrania, Armenia, Hungría, todos los Balcanes, la literariamente brumosa Transilvania, Grecia, Bulgaria, Italia, Austria, La Selva Negra, Holanda, Bélgica, Francia, toda Europa, América, el mundo entero.



Esa carpa, detrás de mi casa, no duró mucho allí, pues una mañana empacaron todo en un camión y se marcharon más al norte, al barrio Santa María, dejándonos con la desilusión de no verlos salir con la puesta del sol en sus carretas, como las que usaban en todas las telenovelas mejicanas y venezolanas, donde se repetía una y otra vez el viejo argumento de los gitanos.

En el año 1947, los gitanos se fueron instalando en Santa María, usando las extensas mangas ubicadas entre el viejo hipódromo de San Fernando y los tejares, haciéndoles el desquite a las lagunas, a los fósiles estancados en los meandros abandonados del río Medellín, cuando aún corría serpenteando entre cañaduzales, libre de su canalización de concreto.

Habían venido desde Venezuela, donde hoy está gran parte de ellos, luego de ir abandonando a Itagüí a finales de la década de los ochenta, impulsados por su espíritu errante, indomable. A ese país llegaron desde España, acosados por la guerra, escapando de la intolerancia y el racismo, que los llevó incluso como a millones de judíos, a morir en los siniestros campos de exterminio de la Europa centro-oriental.

A España habían llegado desde Bélgica, cruzando Francia, repartidos por familias, pero siempre unidos por clanes, como el de los Bolochoch, que cambiaron en España su apellido hermoso, oloroso a Danubio, por el de Gómez, con el que viajaron a América para evitar líos, con esa habilidad que siempre han demostrado para adecuarse, sin perder sus costumbres ancestrales, a las leyes de los países que les han visto pasar con “sus casas a cuestras, como el caracol”, según los describe un viejo estribillo de un Foxtrot.

A principio de la década de los 40 mi padre los vio pasar con sus inseparables caballos y mulas, cargados de carpas, trastos de cobre y almohadas de harén, por el viejo camino colonial, hoy carretera, que subía desde La Dorada hasta Marulanda y Salamina. De allí visitaron todo el norte de Caldas y no se sabe con certeza si fueron ellos los que se asentaron en Pereira o bajaron a La Pintada, treparon hasta Santa Bárbara y descendieron al Valle del Aburrá, cerca al hipódromo para tener posibilidad de negocios de caballos, en el Itagüí que apenas se urbanizaba en torno a Coltejer, Pilsen y los tejares.

No fue fácil para los vecinos acostumbrarse a la presencia de los gitanos, herederos de una imagen que ha hecho cicatriz desde su remoto origen en la subcasta India de los Mahratas o “parias”, relegándolos al mundo de los forajidos, embusteros, raptos de niños, hechiceros portadores de la peste, mensajeros del demonio, herejes, perezosos, auxiliares de vampiros literarios –según Bram Stoker en su Drácula– o ladrones y truhanes –según Víctor Hugo en El Jorobado de Notre Dame– cuando los hizo reyes de la famosa y oculta Corte de los Milagros de los subterráneos de París.

Pero poco a poco, todos esos embustes históricos se diluyeron en las aguas de la realidad y los habitantes –no gigantes, sino Gachos en Romaní– del barrio Santa María, se fueron haciendo amigos de estos hombres altos, recios, adustos, patilludos, de sombreros blancos de ala ancha, camisas de seda, botas altas de cuero y hablar enmarañado.

Se acostumbraron a las hermosas mujeres gitanas, esbeltas, de ojos aceitunados, precisos, de formas graciosas flotando en largos vestidos de grabados alegres, revolcándole el provenir escrito en la palma de la mano a los transeúntes de la calle Junín, dándoles amuletos para alejar todos los males y acercarles todos los amores. Se

hicieron a la idea de ver sus carpas como de circo, de oír relinchar a sus caballos costeños, recién traídos como táparos y convertidos casi en corceles, a punta de cepillo, aceites y lavados de dentadura. Les tocó verlos construir sus casas, luego de que el gobierno de Itagüí les hubiera presionado para que abandonaran sus carpas; los vieron asomarse a sus amplios ventanales, de techo a piso, curiosaron sus casas sin muros interiores, repletas de tapetes y gigantescas almohadas.

Se acostumbraron a verlos partir, juntos desde la abuela hasta el recién nacido, hacia Cúcuta o Venezuela, en viajes hasta de un año, para luego regresar al Itagüí que ya los extrañaba. Los vieron compartir con sus hijos en las escuelas públicas, enloqueciendo a los profesores por su irregularidad en la asistencia, ya que a pesar de su aparente sedentarismo, seguían viajando, incapaces de librarse del castigo legendario de errabundos que les asigna la tradición cristiana, cuando los hace responsables, allá en el Egipto de la infancia de Jesús, de haberle negado un albergue a la Sagrada Familia, lo que les dio visa eterna para seguirle los pasos a otro inquieto famoso: el Judío errante. Esta leyenda les encimó el nombre de egipcios que de tanto rebotar de boca en boca, se convirtió en “gitanos”. En algunas partes les dicen zógaros correspondiente a un pueblo del Cáucaso, según sostenía el Papa Pío II.

Los habitantes de Itagüí se acostumbraron a verlos participar, contra todo pronóstico, con fervor y colorido, en las procesiones de Semana Santa en la vecina iglesia de El Carmelo, a donde llevaban a sus pequeños hijos para que los bautizaran con nombres cristianos, los mismos que habrían de utilizar cuando hablaran con nosotros, los gachos, porque entre ellos tenían otro nombre gitano.

Los suegros no gitanos, a los que les tocaba ver inermes cómo sus hijas se enamoraban de unos melenudos sin futuro, vestidos con bluyines rotos y camisetas mugrosas, con las caras solladas de los ídolos de rock pintadas a mano, envidiaron con justa razón a sus homólogos gitanos, que cuando casaban a una hija recibían del futuro yerno una suma de dinero –hasta 700 mil pesos en monedas de oro, por allá por 1987– para compensar la pérdida de su hija como integrante de la familia.

Los vecinos de Santa María aprendieron a respetar las costumbres de los gitanos, gobernadas por una gran variedad de agüeros para todo: la vida cotidiana, la comida, el vestido, el matrimonio, el embarazo, el parto, el bautizo, los viajes, los negocios, las peleas y la muerte. Sobre todo esta última, que los hacía abandonar de inmediato la carpa o la casa donde moría alguien. El luto era estricto y duraba un año, con periódicas celebraciones para rendir homenaje al difunto, buscando congraciarse con él, no fuera que les trajera problemas.

Hoy, en Santa María, quedan tres o cuatro familias de gitanos del clan Bolochoch, que

pasan inadvertidas entre la multitud, ya que casi todos se marcharon a Cúcuta y Venezuela, en busca de otros horizontes, incapaces de profundizar raíces, viajeros del mundo, lo que reflejan en un rito funerario extendido por toda la geografía gitana, desde Hungría hasta Siberia, desde Australia hasta Colombia: cuando muere un gitano cogen sus pertenencias personales y las empacan en un costal hermético y se dirigen a los raudales de un río, como el Porce, allá en Barbosa y ponen sobre el costal una velita encendida, que titila mientras el río se va llevando el costal, y desde la orilla, en un profundo silencio, los gitanos guardan la esperanza de que un pajarito se pose sobre él, indicando que el alma errante se ha salvado.

ÓSCAR HERNANDO OCAMPO. Lector de *La Hoja* que se convirtió en asiduo opinador y escritor.

Agosto de 1996